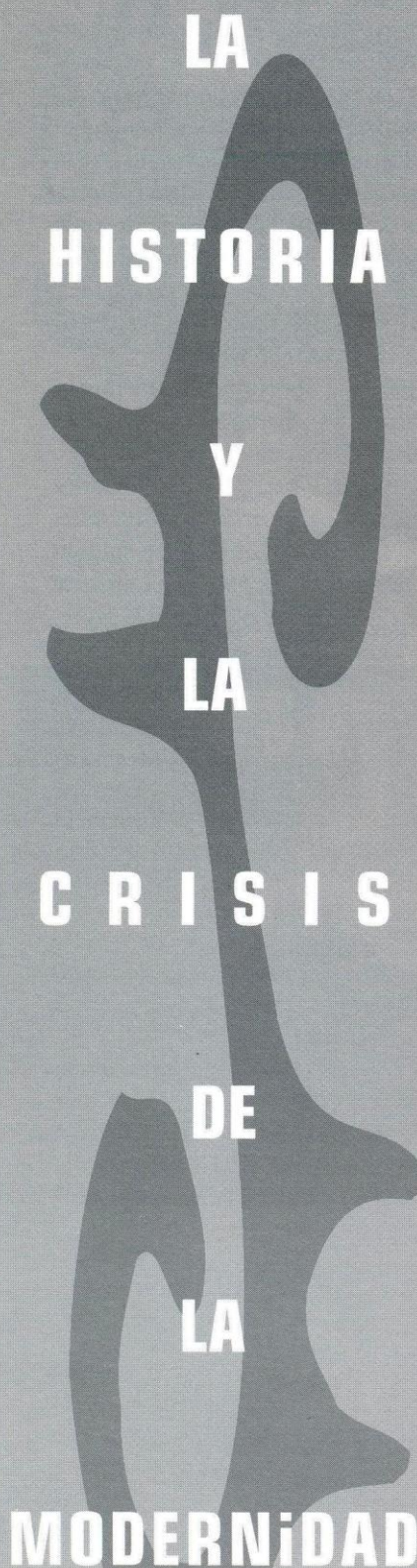




LA HISTORIA Y LA CRISIS DE LA MODERNIDAD

Miguel Ángel Cabrera Acosta

Uno de los principales rasgos distintivos de nuestro fin de siglo es, sin duda, la crisis de la Modernidad. Esta es una circunstancia evidente tanto en la discusión intelectual como en la actividad política, en la práctica social o en la creación artística y cultural. Dicha crisis consiste en la pérdida de vigencia y en el cuestionamiento crítico de la concepción general del mundo y de la sociedad heredada de la Ilustración y fundada en las nociones angulares de *progreso* y de *razón* y, por consiguiente, en la creciente consideración del discurso moderno como un mero dispositivo justificador de las acciones emprendidas desde el poder en el transcurso de los últimos dos siglos. Desde esta nueva perspectiva, el discurso moderno, más que reflejar la realidad objetiva, describir el funcionamiento de la sociedad, discernir el sentido último de la historia humana o propiciar la emancipación de los individuos, ha operado, realmente, durante este tiempo -según la conocida expresión de Jean-François Lyotard-, como un *meta-relato* legitimador de la dominación social, política e ideológica. Puesto que tales críticas se han instalado firmemente en nuestra sociedad, nos estamos viendo obligados a reconsiderar las premisas científicas, los principios éticos y los presupuestos políticos por los que se ha regido el mundo contemporáneo.

Los efectos de la crisis de la Modernidad son especialmente patentes en el campo de las ciencias sociales. La Sociología, la Antropología, la Ciencia Política... están siendo sacudidas por un intenso debate que está alterando de manera ostensible sus perfiles disciplinares y transformando sus arsenales conceptuales. Y no es casual que así sea, pues las ciencias sociales son hijas directas y, a la vez, componentes sustantivos del discurso moderno, del edificio ilustrado. Este se asienta, como es sabido, en la atribución a la razón humana de la capacidad para conocer el funcionamiento de la sociedad -y, con frecuencia, hasta para desentrañar el sentido de la historia- y, por tanto, en la posibilidad de organizar y dirigir racionalmente la vida social. Racionalidad científica, ciencia social e *ingeniería social* están, por tanto, estrechamente imbrica-

das en el discurso moderno y en su proyección práctica sobre la sociedad contemporánea, tanto en su versión liberal como en la socialista.

La Historia, decana de las ciencias sociales, no ha podido permanecer inmune a los perturbadores efectos de la crisis de la Modernidad, como atestiguan no sólo la intensificación y reformulación de los debates teóricos sino, sobre todo, la patente reorientación de la investigación histórica a que estamos asistiendo. Más que cualquier otra de las restantes ciencias sociales, la Historia, en su acepción moderna, fue engendrada por la Ilustración y su contribución a la erección de la concepción moderna del mundo fue decisiva. Por tanto, la crisis de los presupuestos básicos del discurso moderno la obliga inexorablemente a reconsiderar la vigencia de sus bases disciplinares, de su instrumental conceptual, de sus premisas epistemológicas y de su teoría de la sociedad y, en última instancia, hasta a redefinir los perfiles de su objeto de estudio. De la reorientación general de la ciencia histórica y de su estrecha imbricación con la crisis de la Modernidad es de lo que trata primordialmente este artículo, cuya exigencia de brevedad imposibilita, por supuesto, un tratamiento pormenorizado de la cuestión.

¿De qué manera está afectando a la Historia la crisis de la Modernidad? Las repercusiones de dicha crisis y de la ruptura cultural y científica a que va asociada se perciben al menos en tres ámbitos: el de la filosofía de la historia, el del conocimiento histórico y el de la teoría de la sociedad. Aludiremos brevemente a los dos primeros y nos detendremos algo más, por su mayor trascendencia, en el tercero.

En efecto, el pensamiento posmoderno niega, antes que nada, que la historia humana pueda interpretarse como un proceso unitario, lineal y de alcance universal regido por el progreso. Al contrario; la historia es un proceso discontinuo y variable, con un alto grado de contingencia y con una diversidad de *centros* o tipos de sociedad que hacen de ella un fenómeno multipolar. El pensamiento posmoderno niega, en suma, que la historia real se ajuste al patrón diseñado por la filosofía



ilustrada, según el cual las sociedades humanas estarían regidas por un propósito inmanente de búsqueda de una creciente racionalidad emancipatoria que las hace tender hacia modalidades de organización social en las que se habrá de realizar, en toda su plenitud, la naturaleza y la libertad humanas y que dicha filosofía identifica, en general, con la sociedad liberal occidental (o, según otra variante, con el socialismo-comunismo).

El pensamiento posmoderno rechaza, por tanto, las dos premisas esenciales de la filosofía moderna de la historia: en primer lugar, que las sociedades humanas estén sujetas a un curso ascendente que se inicia en una etapa inferior y culmina en una *final de la historia* y, en segundo lugar, que todas las sociedades -que se encuentran en diferentes etapas de este trayecto- hayan de confluir en un modelo único, es decir, que exista una *historia universal*. Y si la historia carece, pues, de un sentido predefinido, hemos de abandonar toda concepción teleológica, toda explicación de la acción humana en función de ese sentido inexistente y toda clasificación jerárquica de los diferentes tipos de sociedad en razón de una supuesta evolución progresiva hacia un modelo supremo y racional de organización social.

La crisis de la noción de progreso va directamente asociada, en segundo lugar, a la crisis de la racionalidad y, en particular, de la racionalidad científica. Es en el ámbito epistemológico, precisamente, donde la ciencia histórica está experimentando su segunda ruptura. A partir, sobre todo, de las reflexiones pioneras de Roland Barthes y de Hayden White, ha entrado en crisis la idea de que el discurso histórico es un reflejo de la realidad social.

Para la racionalidad moderna, forjada en el molde cartesiano, el lenguaje (y particularmente el científico) es una representación del mundo objetivo. Poco a poco, sin embargo, se ha ido poniendo de manifiesto que entre el sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento -en nuestro caso, entre el historiador y la realidad social- media una serie de elementos que condicionan toda percepción del mundo.

En el caso de la Historia, el punto de partida de la revisión epistemológica en curso fue el intento de explicar, de manera convincente, la existencia de una multiplicidad de interpretaciones de un mismo fenómeno social. A partir de ahí, se reconocen dos circunstancias: la primera, que en el ámbito estrictamente factual, de los acontecimientos realmente acaecidos, no cabe la discrepancia (razón por la cual, sin duda, la Historia narrativa tradicional, que sólo se ocupaba de la identificación estricta de los hechos, pudo dormitar sosegadamente en el realismo científico); la segunda, que en cuanto se pasa de la mera identificación de los hechos a su organización en conceptos, es decir, a la explicación de los procesos históricos, el horizonte discursivo (o sea, cultural) en el que está inserto el historiador se convierte en un factor activo y, por tanto, en un ingrediente ineludible del discurso histórico, de la obra de historia resultante.

Y es que -como ya advirtiera Roland Barthes-, por mucho que el historiador haga un ejercicio de neutralidad, de "ausencia" de su obra, los hechos históricos no poseen significados intrínsecos, estables y fijos, sino que los adquieren en el seno de las estructuras conceptuales mediante las cuales los aprehende el observador, el historiador. La relación, por tanto, entre las diversas interpretaciones históricas no es tanto jerárquica -en el sentido

de que nuevas y mejores explicaciones reemplazan a las precedentes, más imperfectas-, como de *reelaboración* permanente del conocimiento histórico en función del ámbito cultural o *campo discursivo* al que pertenece el investigador. Dicho en términos más precisos, los hechos históricos no poseen un significado intrínseco, sino que éste es construido discursivamente, lo que implica que los conceptos mediante los cuales el historiador organiza, articula o simplemente clasifica los hechos sociales -Revolución Francesa, Revolución Industrial, transición del feudalismo al capitalismo...- están sometidos a un proceso permanente de reelaboración y, llegado el caso, de sustitución.

Es, sin embargo, como ya insinuamos, en el ámbito de la teoría de la sociedad donde la Historia está experimentando la mutación más trascendental. Actualmente, las premisas teóricas básicas de la Historia Social -encarnada, como se sabe, por corrientes como *Annales* o el materialismo histórico- están siendo sometidas a un proceso de profunda revisión y, en muchos casos, de auténtica demolición.

Y es que, en efecto, la crisis del discurso moderno está obligando a reconsiderar, en su totalidad, las concepciones sobre el funcionamiento de la sociedad que se habían afianzado en las décadas siguientes a la II Guerra Mundial. La teoría de la sociedad propia de la Historia Social se funda en la siguiente premisa: la realidad social está constituida por una instancia objetiva y otra subjetiva -la *base* y la *superestructura*, si nos atenemos a la terminología marxista-, y en la relación entre ambas la primera opera como determinante; en otras palabras, que lo subjetivo es un reflejo, más o menos directo, de lo objetivo. Traducido a términos sociales, diríamos que la acción o la conducta subjetivas de los individuos se explica por su posición en la estructura socioeconómica, etiquetada, en general, como condiciones sociales objetivas.

Esta visión dicotómica de la sociedad se ha visto sometida, ciertamente, a un proceso constante de revisión y reformulación, pero jamás ha sido abandonada o trascendida por los historiadores sociales, ni siquiera por aquellos que más se han distanciado del reduccionismo economicista de la Historia Social clásica, como es el caso de E. P. Thompson o de Roger Chartier, por citar a dos de los historiadores más destacados, innovadores e influyentes de las últimas décadas.

Una visión dicotómica, basada en el causalismo social, ha constituido, por ejemplo, la columna vertebral de uno de los campos de investigación más cultivados por los historiadores sociales, el de la historia del movimiento obrero. En este caso, la conciencia de clase se concibe como la expresión *subjetiva* de las condiciones *objetivas* de vida de la clase obrera y fenómenos sociales y políticos como el socialismo se explican en virtud de ello.

La crisis del discurso moderno -espoleada, entre otros factores, por la inviabilidad práctica del socialismo- ha obligado, sin embargo, a someter a crítica esta concepción dicotómica y objetivista de la sociedad. Y ello por una razón obvia: porque el discurso moderno ha operado como un factor activo en la determinación de la conducta de los individuos en la sociedad contemporánea; y lo ha hecho con independencia de que no constituyera un reflejo del funcionamiento real de la sociedad y del curso de la historia. Es decir, que no se trata del reflejo subjetivo



vo de un mundo exterior, sino de una construcción lingüística con un notable grado de autonomía y con una incuestionable capacidad para determinar la práctica social. Es la constatación de esta circunstancia, es la pérdida de su halo cientificista por parte del discurso moderno, lo que nos ha obligado a admitir que además de las condiciones socioeconómicas objetivas y de la conciencia subjetiva, el funcionamiento de la sociedad no se comprende sin la toma en consideración de un tercer elemento: el discurso, entendido como una abarcadora estructura conceptual o visión general del mundo que condiciona inexorablemente el comportamiento de los individuos.

Aplicado a nuestro ejemplo, diríamos que el movimiento obrero, en tanto que acción social, no se puede explicar únicamente por la existencia de obreros sometidos a explotación económica; es preciso añadir que la conciencia obrera o socialista es el resultado de la aprehensión o interpretación de esa posición en la sociedad mediante el discurso ilustrado de la libertad, el progreso, la racionalidad emancipatoria y la existencia de un final de la historia en el que la esencia humana habrá de realizarse en toda su plenitud. Y tales ideas, sin cuya intervención activa no se comprendería el desenvolvimiento de las sociedades contemporáneas, no son reflejo de realidad objetiva o de sentido de la historia algunos, sino estructuras discursivas o convenciones culturales que, al atribuir ciertos significados a los hechos históricos o cierta función a los grupos sociales, han condicionado expresamente la acción social y política de sus componentes y, con ello, de la sociedad entera.

De este modo, la puesta de manifiesto de que el discurso ilustrado no es una representación del mundo real y, sobre todo, de

que pese a ello ha condicionado profundamente la acción consciente de los individuos, está obligando a reconsiderar en su totalidad la teoría de la sociedad legada por la Historia Social. Y ésta es la tarea que ha emprendido, en los últimos años, un grupo cualificado y cada vez más nutrido de historiadores, la mayoría de ellos procedente de las propias filas de la Historia Social; es el caso, por citar a los más relevantes, de Joan W. Scott, Gareth Stedman Jones, Patrick Joyce o William H. Sewell.

En razón de lo expuesto, la Historia -y lo mismo cabe decir de las restantes ciencias sociales- está experimentando una seria mutación. El volumen de las investigaciones realizadas tomando en consideración las insuficiencias del esquema dicotómico de la Historia Social es cada vez mayor y el debate historiográfico se escora cada vez más hacia la discusión de las nuevas ideas aquí esbozadas. Hay sobrados indicios de que la Historia está experimentando una ruptura similar a la que supuso la irrupción, en las primeras décadas del siglo, de los postulados de la Historia Social, que agitaron las estancadas aguas de la Historia narrativa de raíz decimonónica. La apertura a las nuevas ideas no ha de impedir, empero, que la necesaria cautela intelectual nos preserve de la alegre e irreflexiva adhesión a unos postulados que precisan, por el contrario, de una lenta maduración y de una asimilación rigurosa y responsable. Dicho esto, sin embargo, hemos de admitir que a partir de ahora resulta imposible -y, por supuesto, desaconsejable- continuar refugiados, sordos a los cambios, en los tranquilizadores dominios de la Historia Social. En todo caso, sea cual sea nuestra actitud, lo cierto es que buena parte de las certezas que teníamos sobre el funcionamiento de la sociedad se están haciendo añicos a nuestro alrededor.

